

Bernardo predica sobre María

Bernard Mc Ginn*
 Universidad de Chicago
 Estados Unidos

Non est dubium, quidquid in laudibus Matris proferimus, ad Filium pertinere, et rursus, cum Filium honoramus, a gloria Matris non recedimus. (SBO, *In laudibus Virginis Matris* I.1; 4-46)¹

Fecha de recepción: 10/07/2021 | Fecha de aprobación: 15/12/2021

Resumen: Para los predicadores medievales, como Bernardo de Claraval, la prédica mariana era parte integrante del anuncio del Misterio de la Salvación. También era un aspecto clave de la praxis espiritual en la Edad Media. El modelo triple de *lectio-meditatio-oratio* era fundamental para el camino espiritual, y la *lectio* incluía la *praedicatio*. En el presente artículo se revisa la tradición, firmemente asentada, de que el abad de Claraval fue el doctor mariano por excelencia (solo un 3,5 % de su prédica se refiere directamente a la Virgen) a la vez que se argumenta a favor de su profunda devoción por María, de la cual su obra homilética es un importante testimonio. Con ese fin, se analizan dos cuerpos de sermones, las cuatro homilías reunidas bajo el título *In laudibus Virginis Matris*, donde Bernardo explora la naturaleza de la relación personal del creyente con María (1) y los 128 *Sermones per Annum*, en los que María

***Bernard Mc Ginn** es profesor emérito de la cátedra Naomi Shenstone Donnelley de Teología Histórica y de la cátedra de Historia del Cristianismo en la Facultad de Teología de la Universidad de Chicago. Ha escrito y publicado innumerables obras sobre la historia del pensamiento apocalíptico, la espiritualidad y el misticismo. Entre estas, se encuentran *Antichrist: Two Thousand Years of the Human Fascination with Evil* (San Francisco: Harper, 1994), *The Presence of God*, una historia de varios volúmenes del misticismo cristiano occidental (New York: Crossroads, 1991-2016) y, más recientemente, *Thomas Aquinas's Summa theologiae: A Biography* (Princeton: Princeton University Press, 2014). Correo electrónico: bmcginn@uchicago.edu

¹ Nota de traducción: Las obras de Bernardo se citan de acuerdo con la edición crítica (S. Bernardus, *Opera*, 1957-1977; de aquí en adelante, SBO). Los cuatro sermones *In laudibus Virginis Matris* (abreviados como *Miss.*) se encuentran en el volumen 4 de dicha edición. Cada vez que se cita esta versión crítica se incluye, en este orden: número de tratado u homilía en números romanos, número de párrafo en números arábigos; volumen en números arábigos: número de páginas, número de líneas. En la versión original del artículo, los textos latinos de Bernardo estaban traducidos al inglés por Bernard Mc.Ginn. Nuestra traducción de los textos latinos vuelca al español la versión en inglés del autor del artículo. El presente artículo es una colaboración hecha desde el inglés al castellano por Paula Pico Estrada.

cumple un papel arquitectónico, sirviendo como guía y modelo para el viaje del monje a lo largo del año litúrgico (2).

Palabras clave: Edad Media, monasticismo, Bernardo de Claraval, prédica mariana, praxis espiritual

Abstract: *For medieval preachers, like Bernard of Clairvaux, Marian preaching is part and parcel of proclaiming the Mystery of Salvation. It was also a key aspect of spiritual praxis in the Middle Ages. The triple pattern of lectio-meditatio-oratio was foundational for the spiritual path, and lectio included praedicatio. This article examines the tradition according to which the abbot of Clairvaux was a unique “Marian Doctor” (only about 3.5 % of Bernard’s preaching directly concerns the Blessed Virgin), while it argues that Bernard is still an important witness to Marian piety for several reasons. To this end, the author offers a close reading of two different sets of writings, the homilies called In laudibus Virginis Matris, and the Sermones per Annum.*

Keywords: *Middle Ages, monasticism, Bernard of Clairvaux, Marian preaching, spiritual praxis*

Para los predicadores medievales, como Bernardo de Claraval, lo que se dice en alabanza de María pertenece a su Hijo; y cuando honramos al Hijo, estamos contribuyendo a la gloria de su Madre. La predicación mariana es parte integral del anuncio del Misterio de la Salvación. También era un aspecto clave de la praxis espiritual en la Edad Media. El modelo triple de *lectio-meditatio-oratio* era fundamental para el camino espiritual; pero la *lectio* incluía la *praedicatio*, como leemos en un contemporáneo de Bernardo más joven que él, Isaac de la Estrella: “Hay tres [prácticas], la lectura, la meditación y la oración. Dios nos habla a través de la lectura y del sermón, que es en sí mismo un tipo de lectura” (Isaac de Stella, 1979, p. 115).

Bernardo profesaba una profunda devoción por María, pero la tradición que lo considera como un “Doctor mariano” excepcional se ha ido formando con el material propio de las leyendas. Esto puede verse en el hecho de que solo un 3,5 % de su prédica se refiere directamente a la Santísima Virgen. Además, este mantuvo una postura conservadora en relación con los desarrollos marianos que ocurrieron durante su vida. Y es que el abad de Claraval adhería a la tradición. Una y otra vez insistió en que no traspasaría los límites

establecidos por los Padres² y se opuso a que tres novedosas doctrinas sobre este tema ganaran terreno en el siglo XII. La primera fue la Fiesta de la Concepción de María (8 de diciembre) y la doctrina concomitante de la Inmaculada Concepción. En la carta 174 de Bernardo, escrita a los canónigos de Lyon alrededor de 1139, se refutan, sobre la base de la razón, las Escrituras y la tradición, tanto la nueva fecha de celebración como los argumentos a favor de la concepción de María sin pecado original. En palabras de Bernardo: “La Virgen Real ha acumulado muchos títulos de honor y marcas de dignidad verdaderos y no necesita de ningún honor falso”(SBO 7, 388)³. Como era habitual, Bernardo creía que María, como el profeta Jeremías y Juan el Bautista, había sido limpiada del pecado original en el seno materno (veáse *Sermo in assumptione* [Asspt.] 2.8), pero que no podía haber sido concebida inmaculadamente. La segunda cuestión a la que Bernardo se resistió fue la doctrina de la Asunción corpórea de la Madre de Dios. María había sido ascendida al Cielo, por supuesto, pero la discusión sobre si se trataba de una ascensión puramente espiritual o también corporal seguía abierta. La tercera enseñanza se refería a la maternidad espiritual de María; es decir, a su papel de madre de todos los salvados, asunto al que Bernardo también se oponía⁴.

A pesar de la resistencia a lo que consideraba novedades peligrosas, el abad de Claraval sigue siendo un testigo importante de la piedad mariana por varias razones. Mencionemos solo dos. Primero, como podemos ver en sus cuatro sermones *In laudibus Virginis Matris*, Bernardo exploró, con profunda perspicacia y notable poder retórico, la naturaleza de la relación personal del creyente con María. En segundo lugar, María cumple un papel arquitectónico en su corpus

² En los sermones de *In laudibus Virginis Matris* (Miss.) Bernardo escribe en II.12 y 14 (4:29 y 31), así como en IV.11 (4:58), que debemos seguir a los Padres. Véase también *Ep.* 174. 1 (7:388), y el famoso texto en *Ep.* 77.1 (*Del bautismo*), escrito a Hugo de San Víctor en 1125: “*Patrum tantum opponimus sententias ac verba proferimus, et non nostra: nec enim sapientiores sumus quam patres nostri*” (SBO 7:184, 18-20).

³ La *Ep.* 174 está en SBO 7:388-392. El texto se encuentra en 388: “*Virgo regia falso non eget honore, veris cumulata honorum titulis, infulis dignitatum*”. El argumento de Bernardo contra la Inmaculada Concepción es de un agustinianismo anticuado: María fue concebida de forma natural y todos los actos sexuales, incluso en el matrimonio, son pecaminosos.

⁴ La oposición de Bernardo a estas tres enseñanzas fue discutida por Barré, H. (1953). Saint Bernard, Docteur Marial. En *Saint Bernard Théologien*. Roma : Editions Cistercienses, pp. 100-106. Este autor acepta el tradicional apelativo de Bernardo como “Doctor mariano”, pero de forma matizada.

de 128 *Sermones per annum*, sirviendo como guía y modelo del viaje del monje a lo largo del año litúrgico⁵. Los *Sermones per annum*, junto con el corpus de los ochenta y seis *Sermones super Cantica Canticorum*, son las grandes obras maestras de Bernardo, monumentos cuidadosamente pensados que testimonian el esfuerzo de quien quizás sea el más grande entre los predicadores de la Edad Media (véase Verbaal, 1999). Aunque los sermones del año litúrgico no parecen haber sido efectivamente predicados a su comunidad (muchas de las homilías eran para fiestas en las que los abades cistercienses no se encontraban obligados a predicar), Bernardo sin duda pretendía que, a través de la lectura atenta (*lectio divina*) y de la meditación, estos sermones resultaran formativos tanto para sus monjes como para toda la familia de su orden. Los mismos expresaban su nueva visión sobre el significado del año litúrgico (véase Verbaal, 2007, xxi-xxii).

Sermones In laudibus Virginis Matris

Los sermones *In laudibus Virginis Matris* (o *Missus est*) son un comentario sobre el relato de la Anunciación en Lucas 1:26-38, el cual comienza con “*Missus est angelus Gabriel a Deo in civitatem Galilaeae, cui nomen Nazareth*”. Permítasenos describir el contexto en que surgieron. Bernardo se convirtió en abad de Clairvaux en 1115, a una edad temprana. Inmensamente talentoso pero impulsivo, pronto empezó a estropear su salud por medio de ayunos carentes de todo criterio y otras prácticas ascéticas. Finalmente, hacia 1120, intervino su obispo local, Guillermo de Champeaux, quien le ordenó que se tomara un año libre para que recuperara su salud en una choza en los terrenos del monasterio. Durante esta ausencia forzada de la comunidad, Bernardo escribió sus primeras obras: *De gradibus humilitatis et superbiae* e *In*

⁵ Existe una edición completa de los *Sermones per annum*, con introducción, aparato crítico y un índice que es de mucha ayuda: Bernard of Clairvaux. (2007). *Sermons for the Advent and Christmas Season*. Kalamazoo: Cistercian Publications. Bernard of Clairvaux. (2013). *Sermons for the Lent and Easter Season*. Collegeville: Cistercian Publications; Bernard of Clairvaux. (1991). *Sermons for the Summer Season*. Kalamazoo: Cistercian Publications; y Bernard of Clairvaux. (2016). *Sermons for the Autumn Season*. Collegeville: Cistercian Publications.

laudibus Virginis Matris. El *In laudibus* es en realidad un tratado disfrazado como cuatro sermones antes que un conjunto de piezas que hayan sido predicadas al público⁶. Fue una de las obras más populares de Bernardo (se conocen 78 manuscritos) y consta de dos partes: *Miss. I-II* sobre Lucas 1:26-27; y *Miss. III-IV* sobre Lucas 1:28-38⁷.

Varias veces en el octava/tratado, el autor subraya que escribió esta obra a partir de su “devoción” personal por la Virgen. Al principio anuncia: “*Scribere me aliquid et devotio iubet, et prohibet occupatio*”, es decir, “La devoción me pide que escriba algo, pero las ocupaciones interfieren.” (SBO I.13; 4:3; véase también I.13, 4: 10-13; y IV.11.) No obstante, es obvio que Bernardo esperaba que sus escritos despertaran también la devoción de sus monjes (y, quizás, la de un público más amplio). En el tratado no se encuentra ninguna originalidad doctrinal—lo que habría estado lejos de la intención de Bernardo—, pero la habilidad retórica que usa para comprometer a su público con la historia de la Anunciación lo convierte en un importante documento mariológico.

En la conclusión (*Miss. IV.11*), se disculpa en caso de que hubiese dicho algo más sobre la Anunciación de lo que los Padres ya habían estudiado en detalle. Pero ¿es ese el caso? Hasta donde hemos podido ver, no. Ninguna de las fuentes de Bernardo que hemos examinado ofrece un análisis tan detallado de Lucas 1:26-38, versículo por versículo⁸. Sus *Homiliae* son una extensa consideración de la historia de la Anunciación (*sacra historia Verbi: Miss. I.1*), en las que se revisa cada verso para examinar quién pronunció el pasaje, a quién estaba dirigido y qué significaba realmente. Naturalmente, el abad estaba dispuesto a practicar la interpretación

⁶ La traducción al inglés, *Bernard of Clairvaux. (1979). Homilies in Praise of the Blessed Virgin Mary*. Kalamazoo: Cistercian Publications, tiene una introducción muy útil de Chrysogonus Waddell (xi-xxiv). Véase también Verbaal, W. (2003). “Annoncer le Verbe. Les homilies sur le *Missus est* de S. Bernard”. *Collectanea Cisterciensia* 65, pp. 111-136 y 193-221. Los sermones son brevemente examinados en Pranger, M.B. (1994). *Bernard of Clairvaux and the Shape of Monastic Thought. Broken Dreams*. Leiden: Brill, pp. 145-150.

⁷ En relación con la estructura, véase Verbaal, 2003, pp. 113-118, 194-199.

⁸ La *Expositio Evangelii secundum Lucam* (CCSL XIV. Pars IV) de Ambrosio, por ejemplo, tiene solo diez páginas sobre el relato de la Anunciación (30-39).

tipológica y alegórica (¿cómo no?)⁹, pero los sermones se basan en una exégesis literal. El objetivo de explicar la letra, sin embargo, pronto se traslada a un nivel diferente, el de la tropología (moralidad): ¿qué nos dice la historia de la Anunciación sobre cómo debemos relacionarnos con María y su Hijo? ¿Qué debemos hacer?¹⁰.

Con este contexto planteado, consideramos que el abad utiliza cuatro formas retóricas principales para invitar a sus lectores a integrar en sus vidas la aparición de Gabriel a María: *admiratio*, *imitatio*, *participatio*, *impetratio*. En primer lugar, *admiratio*. Como señaló Chrysogonus Wadell, el tratado fue escrito en “alabanza a la Virgen” (1979, p. xi) y aunque tendemos a esquivar la *laudatio* en tanto forma de discurso que hoy en día parece propia de políticos fracasados y académicos añosos, la misma fue un parte importante de la cultura antigua y medieval. El trabajo de Bernardo es un ejemplo de lo que Waddell llamó “la espiritualidad de la alabanza” (1979, p. xii). Cuando enaltecemos a María, glorificamos también a su Hijo; y viceversa. Por lo tanto, las cuatro homilías contienen muchos pasajes de *admiratio* y *laudatio*, tanto de la Madre como del Hijo. Todas las homilías pueden considerarse actos de alabanza, pero hay una serie de pasajes que incitan más específicamente al lector a admirar y alabar a María. *Homilia I* establece un tema básico: el milagro de la Virgen como una combinación única de *virgo et mater* (“*a saeculo autem non est auditum*”: *Miss.* I.7; 4:18-19), así como de *humilitas et virginitas* (Bernardo es consciente de la frecuencia con la que las vírgenes pueden sentirse tentadas a enorgullecerse de su estatus, por lo que insiste en que la humildad es más valiosa que la virginidad¹¹). Al mencionar a María como Madre y como Virgen, el abad de Clairvaux nos señala que, en el relato de Lucas donde el Señor aparece

⁹ En *Miss.* II.6 (4:25.3-4) se hace una breve defensa de las lecturas figuradas: “*Nullum autem inconueniens est, diversis rebus diversis ex causis Christum figurare*”.

¹⁰ Véase para esto Verbaal, 2003, p. 220: “[Bernard] a su transposer son commentaire sur l’Annonciation à Marie en évocation d’une nouvelle Annonciation concrete, donc le lecteur est le destinataire”.

¹¹ Por ejemplo, *Miss.* I.5. Acerca de la importancia de la humildad por sobre la de la virginidad, véase Verbaal, 2003, pp. 122-24. Imposible no recordar lo que se comentaba en el siglo XVII sobre las monjas cistercianas de Port Royal, que eran “puras como ángeles y orgullosas como demonios”.

sometido a María y José, debemos admirar a esta figura femenina tanto como a Jesús. (Lc. 2:51). Dice el abad: “Maravíllense de ambos, y elijan qué prefieren admirar más, si la admirable condescendencia del Hijo o la altísima dignidad de la Madre” (*Miss.* I.7; 4:24)¹². Después de otros discursos de alabanza, el abad se vuelve hacia su público y hacia aquello que este necesita conocer:

Aprende, hombre, a obedecer; aprende, tierra, a inclinarte; aprende, polvo, a refrenarte. Dios se humilla a sí mismo, ¿y tú te exaltas? Dios se somete a los hombres, y tú, fingiendo dominar a los humanos, ¿te pones por encima del Creador? (*Miss.* I.8; 4:19.21-25)¹³

De este modo, la alabanza conduce a una lección moral. Al final del primer sermón se pueden encontrar otros varios pasajes de exaltación (por ejemplo, I.9)¹⁴. El patrón establecido en *Homilia I* se repite en las siguientes tres homilías. Daremos a continuación solo algunos ejemplos. En la *Homilia II.3* (4:23.16-18), se nos pide nuevamente que admiremos a la Virgen como la figura que revirtió la maldición de Eva: “¡Oh Virgen admirable y dignísima de todo honor!, ¡Oh mujer singularmente venerable, admirable por sobre todas las mujeres, restauradora de sus padres y dadora de vida a sus descendientes!”¹⁵. En los últimos dos sermones se pueden encontrar al menos otros cinco pasajes de *admiratio*¹⁶.

El elogio, sin embargo, no es suficiente. Es necesario alabar a María, pero también se debe tratar de imitarla. La gran virtud mariana que Bernardo les pide a sus lectores que emulen es la de humildad. En *Homilia I* (por ejemplo, I.1, I.3, I.5, I.6, I.9), llama la atención sobre este punto. También le pide al lector que imite la humildad de Jesús (por ejemplo, I.8 y III.14). La necesidad de esta virtud en el monasterio fue un aspecto clave de las primeras enseñanzas del

¹² “*Mirare ergo utrumlibet, et elige quidi amplius mireris, sive Filii benignissimam dignationem, sive Matris excellentissimam dignitatem*”.

¹³ “*Disce, homo, obedire; disce, terra, subdi; disce, pulvis, obtemperare. De auctore tuo loquens evangelista, Et erat, inquit, subditus illis; haud dubium, quin Mariae et Joseph. Erubescere, superbe cinis! Deus se humiliat, et tu te exaltas? Deus se hominibus subdit, et tu dominari gestiens hominibus, tuo te praeponis auctori?*”.

¹⁴ Véase, por ejemplo, el poderoso lenguaje de *Miss.* I.9 (4.20.16-21): “*Quid horum non mirabile? Quid non incomparabile? Quid non singulare?*”, así como el llamado a su cuádruple público en 4.20.27-28.6.

¹⁵ “*¡O admirandam et omni honore dignissimam Virginem! O feminam singulariter venerandam, super omnes feminas admirabilem, parentum reparatricem, posteriorum vivificatricem!*”.

¹⁶ Véase *Miss.* III.2, 8, 13 (4:36, 41-42, 45), así como IV.8 y 9 (4: 54, 55).

autor, como podemos ver en su *De gradibus humilitatis et superbiae*, texto también escrito en 1120. Hacia el final de la *Homilia IV*, lanza un mordaz ataque contra los monjes “que aprenden la soberbia en la escuela de la humildad” (*Miss.* IV.10; 4:55-56)¹⁷. Esto recuerda el tipo de sátira que pronto dirigiría contra los cluniacenses en su tratado de 1125, la *Apologia*. Así pues, el tratado mariano del abad de Clairvaux también formaba parte de su política monástica.

Admiratio, *imitatio* y luego *participatio* son las formas con las que este autor invita a sus lectores a ingresar en el drama de la Anunciación. Estamos destinados a ser más que espectadores de la historia del Evangelio. Esto es particularmente evidente en tres lugares. Primero, en la *Homilia II*, cuando comenta que el ángel Gabriel es enviado por Dios a los aposentos de su Amada Esposa, Bernardo invita a todas las mujeres, así como a los hombres, a escuchar subrepticamente lo que va a ocurrir:

Apresuraos, madres, apresuraos, hijas, apresuraos; apresuraos todas las que después de Eva y por medio de Eva habéis nacido y daís a luz con tristeza. Acercaos a los aposentos interiores de la Virgen, entrad, si podéis, en la casta habitación de vuestra hermana. Observad: Dios hace descender su Ángel a la Virgen y el Ángel le habla a María. Apoyad el oído en la puerta, escuchad lo que le anuncia, y quizás oigáis algo que os consuele¹⁸. (*Miss.* II.2.; 4:22.16-21)

Como hemos mencionado, esto también se ve reflejado en otro momento: en un segundo texto, que cita a Isaías 9:5, se le recuerda al lector que debemos hacer nuestros propios preparativos para recibir a Jesús: “Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”. Poseyendo lo grande, los ángeles no necesitaban que el Hijo naciera para ellos como niño; “...nació para nosotros, a nosotros nos fue dado, porque era necesario para nosotros”¹⁹(*Miss.* III.13; 4:45.14-18)²⁰.

¹⁷ “*In schola humilitatis superbiam magis addiscere*”.

¹⁸ “*Currite, matres; currite, filiae; currite, omnes quae post Evam, et ex Eva, et parturimini cum tristitia, et parturitis. Adite virginalem thalamum, ingredimini, si potestis, pudicum sororis vestrae cubiculum. Ecce enim Deus mittit ad Virginem, ecce affatur angelus Mariam. Apponite aurem parieti, auscultate quid nuntiet ei, si forte audiat unde consolemini*”.

¹⁹ El pasaje completo reza: “*Parvulus, ait, natus est nobis, et filius datus est nobis [Isai. IX, 6]. Nobis, inquam, non sibi, qui utique ante tempora multo nobiliter natus ex Patre, nasci temporaliter non indigebat ex matre. Non angelis quoque, qui, cum magnum haberent, parvulum non requirebant. Nobis ergo natus, nobis et datus, quia nobis necessarius*”.

²⁰ La conclusión: “*Nobis ergo natus, nobis et datus, quia nobis necessarius*”.

El pasaje final que exhorta a la participación aparece en la *Homilia IV.8*, donde se nos invita a convertirnos en una especie de equipo que alienta a María, exhortándola a decir “sí” a la invitación del Ángel. Es un largo pasaje retórico, del que citamos solo unas pocas líneas. En tanto lectores, se supone que debemos dirigirnos a la Madre de Dios, diciendo:

Responde rápidamente al Ángel o, más bien, por medio del Ángel responde al Señor. Da una palabra y recibe la Palabra. Entrégate y concibe lo divino. ¿Por qué demorar? ¿Por qué vacilar? Cree, confiesa y recibe... ¡Levántate, apresúrate, ábrete! ¡Levántate por la fe, apresúrate por medio de la devoción, ábrete por la confesión²¹! (*Miss. IV.8; 4:54.13-24*)

Finalmente, las *Homiliae* contienen una serie de oraciones de petición (*impetrationes*): las que dirigimos a María (por ejemplo, III.13, IV.8), una oración a Jesús (IV.2), e incluso una oración que la Madre de Dios le dirige a su Hijo (IV.11). Al final de la *Homilia II*, se encuentra un famoso pasaje de Bernardo sobre María como *stella maris*, en el que ruega a sus lectores que nunca se aparten de ella, que es nuestro único refugio en la tormenta de esta vida. No está redactado como una oración, pero sin duda es una invitación al rezo:

¡Oh!, tú que te encuentras en la corriente de esta vida como arrojado entre borrascas y tempestades y no como quien camina sobre tierra seca, si no quieres ser ahogado por la tempestad, no apartes los ojos del resplandor de esta estrella. [...] En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. [...] Si la sigues, noerrarás; si le pides ayuda, no desesperarás; si piensas en ella, no te perderás. [...]Y así, sabrás por tu propia experiencia con cuánta verdad se dijo: “Y el nombre de la virgen era María”²². (*Miss. II.17; 4:34.25-35.15*)

Como recordarán, a Bernardo le encantaba apelar a la experiencia de sus monjes.

Sermones per annum

²¹ “Responde itaque citius Angelo, immo per Angelum Domino. Responde verbum et suscipe Verbum: profer tuum et concipe divinum; emitte transitorium et amplectere sempiternum. Quid tardas? Quid trepidas? Crede, confitere et suscipe... Surge, curre, aperi! Surge per fidem, curre per devotionem, aperi per confessionem!”

²² “O quisquis te intelligis in huius saeculi, profluvio magis inter procellas et tempestates fluctuare quam per terram ambulare, ne avertas oculos a fulgore huius sideris, si non vis obrui procellis!... In periculis, in angustiis, in rebus dubiis, Mariam cogita, Mariam invoca... Ipsam sequens non devias, ipsam rogans non desperas, ipsam cogitans non erras... sic in temetipso experiris quam merito dictum sit: Et nomen Virginis Maria”. El pasaje se encuentra exactamente en el medio de los sermones *Missus est*. Sobre este pasaje, véase Verbaal, 2003, pp. 134-36. *Stella Maris* es un nombre mariano que se remite a Jerónimo (Barré, “Bernard, Docteur Mariale,” pp.111-113). Reaparece en *NatBVM.6* (5:279.5).

Un segundo aspecto a subrayar de la predicación mariana de Bernardo es la forma en que sus prédicas sobre la Virgen se integran en la estructura del conjunto de los *Sermones per annum*, como si fueran mojones o introducciones clave. A partir del trabajo de Jean Leclercq, Wim Verbaal ha demostrado cómo evolucionaron los *Sermones per annum*, a los que Bernardo fue perfeccionado a través de cuatro versiones diferentes, hasta que finalmente quedó satisfecho. Aquí solo tenemos en cuenta la versión definitiva (ca. 1150) y sus sermones sobre María. Según Verbaal (2013), la colección final consiste en cuatro bloques cuidadosamente dispuestos, en los que cada sección está encabezada por un sermón mariano. El bloque I (Primer domingo de Adviento hasta la conversión de san Pablo, el 28 de enero) consta de veintinueve sermones. El segundo texto del corpus mariano de Adviento (*Adv.* 2) se encuentra casi al principio de la serie. Además, el apartado incluye varias prédicas, como el tercer sermón de la Natividad (*Nat.* 3), que son profundamente marianas. Este primer bloque es el que tiene el mayor número de escritos que mencionan a María: unos diecisiete en total. El tema central es la conversión como renacimiento espiritual.

El bloque II comienza con tres sermones para la fiesta de la Purificación de María (2 de febrero), aunque solo uno trata directamente sobre ella (*Pur.* 3), y se extiende hasta la fiesta de san Benito (21 de marzo). Contiene veintinueve sermones, cuyo tema principal es la purificación de la vida. El bloque III, de treinta y seis sermones, comienza con tres centrados en la Anunciación (25 de marzo), continúa durante la temporada de Pascua e incluye los sermones de la cosecha de fines del verano. Este bloque trata de la predicación de las doctrinas fundamentales de la Redención, y contiene diez sermones que se refieren a María. Finalmente, el bloque IV tiene treinta y cuatro sermones. Comienza con seis sobre la Asunción (15 de agosto) y termina a fines de noviembre con siete sobre varios santos. En este bloque, ocho sermones tratan de María, incluyendo dos de las mejores piezas escritas por el abad en alabanza

de la Madre de Dios: el sermón del domingo para la octava de la Asunción²³ y el sermón *De Aquaeductu* para la Natividad de la Virgen (8 de septiembre). Esta colección, según Verbaal (2013), se centra en el tema de la muerte y la victoria sobre la misma. Por lo tanto, hay cerca de doce importantes textos marianos en los *Sermones per annum*, pero en total treinta y ocho en los que se menciona a María. ¿Por qué Bernardo le dio un lugar especial en su nuevo homiliario? Parece probable que quisiera destacar a la Virgen como la guía ideal del año litúrgico. Como escribe Wim Verbaal: “Bernardo debe haberla considerado inseparable de la historia de la Encarnación. Así, los sermones para las ceremonias vinculadas a sus fiestas abren cada etapa de la restauración del ser humano.” (Verbaal, 2013, xlvii. Véase también xlv-xlvii).

No tenemos tiempo para referirnos en detalle a todos estos apartados, pero trataremos de concentrarnos en los que pueden describirse como ofrendas relevantes. En el bloque I, los siete sermones de Adviento muestran paralelos con la colección *Missus est*. El sermón 1 de Adviento es una consideración de las seis condiciones del Advenimiento de Cristo, mientras que el sermón 2 retoma el texto donde Dios incita al rey Ajaz a que le pida una señal²⁴ (*Adv. 2*, SBO 4:170-74). El monarca se niega, y Dios responde con la famosa predicción: “Una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emanuel”. La primera parte de la explicación de Bernardo (*Adv. 2.1-3*) se concentra en Cristo, pero, como se sostiene en el principio que postulamos al comienzo, según el cual las cosas de Cristo involucran a su Madre y viceversa, la segunda parte trata de María (*Adv. 2.4-5*). La preocupación de Bernardo aquí es, ante todo, explicar la profecía de Isaías 11:1-2 sobre el vástago del tronco de Jesé y el retoño que brotará de sus raíces. El seno virginal de María es el vástago del que brota el retoño de Cristo. Esta observación impulsa el comienzo de una plegaria: “¡Oh Virgen, oh elevado vástago, a cuán sacras alturas te alzas de modo sublime!” (*Adv. 2.4*). María puede elevarse al

²³ Nota de traducción: una octava es una fiesta del calendario litúrgico que se celebra durante ocho días.

²⁴ Is 7: 10-12.

Cielo porque sus raíces se hunden profundamente en la humildad. Por lo tanto, ella es el “vástago verdaderamente celestial”, así como el “único árbol de la vida digno de dar el fruto de la salvación” (*Adv.* 2.4, 4:173). Sin embargo, María no es solo el vástago, sino también “el camino real” (Núm. 21:22) por donde adviene el Salvador, quien emerge de su vientre como un esposo de su cámara nupcial (Sal. 18:6). Debemos elevarnos a Dios por este camino mariano. Esto impulsa una segunda plegaria, en la que se ruega a María (que interceda por nosotros ante Cristo: “Señora nuestra, mediadora nuestra, abogada nuestra, reconcílianos con tu Hijo, encomiéndanos a tu Hijo y represéntanos ante tu Hijo”²⁵ (*Adv.* 2.5; 4:177,15-17). María como mediadora es una cuestión nueva en la predicación de Bernardo, innovación que luego será ampliada en el sermón del domingo para la octava de la Asunción²⁶ (*OAsspt.* 2; OSB 5:263).

María aparece en varios sermones del tiempo litúrgico de la Navidad²⁷. Aunque las discusiones son generalmente breves, al menos cuatro textos son dignos de mención. El sermón 3 para la vigilia de la Natividad (*VNat.* 3) alaba una vez más la combinación única de Virgen y Madre en María y agrega algo nuevo sobre su papel mediador señalando: “Dios no quiso que tuviéramos nada que no pasara por las manos de María” (4:219, 24).²⁸ Un segundo pasaje importante aparece en el sermón 6 para la vigilia de la Natividad (*VNat.* 6), donde Bernardo retoma el viejo tema de Cristo que nace en nosotros como Él nació de María. S En esta sección se pregunta por cómo podemos convertirnos en una “Belén de Judea” y merecer que Cristo nazca en nosotros. Continúa:

²⁵: “*Domina nostra, mediatrix nostra, advocata nostra, tuo Filio nos reconcila, tuo Filio nos commenda, tuo nos Filio representa*”.

²⁶ Aquí María es nuestra mediadora con Cristo, que es el Mediador supremo con el Padre (1 Tim. 2:5): “*Opus enim mediatore ad Mediatorem ipsum, nec alter nobis utilior quam Maria*”. Sobre María como la mediadora universal, véase Verbaal, 2016: xlvii-xlviii. María como mediadora también se encuentra en *Assmpt.* 2.2.

²⁷ Véase *Adv.* 2, *VNat.* 1.1 (4:198); *VNat.* 3.9-10 (4:218-19); *VNat.* 4.3-5 (4:222-24); *VNat.* 5.3 (4:231); *VNat.* 6.11 (4:243); *Nat.* 2.4 (4:254-55); *Nat.* 3.4 (4:257); *Nat.* 4.2-3 (4:264-65); *Innoc.* 1 (4:270); *Circ.* 2.2 y 4 (4:279-80); *Circ.* 3.3 y 7 (4:284, 288); *Epi.* 1.3 y 5-6 (4:293, 296-98); *Epi.* 3.7-8 (4:308-09); *PEpi.* 1.2 (4:315); y *PEpi.* 2.2 y 4 (4:32-23).

²⁸ “...*quia nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariae manus non transiret*”.

...si alguna alma ha avanzado tanto (¡lo cual es una gran cosa para nosotros!) que sea una virgen fecunda, una «estrella del mar», «llena de gracia» y sobre la cual desciende el Espíritu Santo, pienso que entonces Cristo no solo se dignará nacer en ella, sino también de ella”²⁹. (VNat. 6.11; 4:243)

La idea de que podemos realmente convertirnos en María y hacer que Cristo nazca de nosotros también se repite en un fragmento de sermón en *Sententiae* 3.11, en el cual, sin embargo, se habla de dar a luz al Espíritu Santo³⁰. El tercer texto es del cuarto sermón de la Natividad (*Nat.* 4), donde Bernardo presenta las figuras del niño Jesús, de María y de José como modelos a imitar. Comentando el pasaje “Hallaron a María y a José y al niño acostado en el pesebre”³¹, dice: “Así como la infancia del Salvador muestra una evidente humildad, así la Virgen representa adecuadamente la continencia y José, varón justo, la justicia.” (*Nat.* 4.2). Por lo tanto, “Para que María y José y el niño acostado en el pesebre se encuentren siempre con nosotros, «vivamos con sensatez, justicia y piedad en el siglo presente»³²...” (*Nat.* 4.3). Se trata de una puesta en práctica de la invitación que Bernardo, usando su propio nombre como ejemplo, hace a los monjes al comienzo del tercer sermón de la Natividad (*Nat.* 3.1): “En cuanto a mí, reconozco como mío el tiempo y el lugar de este nacimiento.... Estas cosas son mías, están hechas para mí, están puestas frente a mí, están dispuestas para que yo las imite”. En otras palabras, en la respuesta del lector, la *participatio* y la *imitatio* son fundamentales³³.

Por último, me gustaría destacar un pasaje del segundo sermón para el primer domingo después de Epifanía (*PEpi.* 2), una hermosa homilía sobre el matrimonio espiritual, en la que Bernardo trabaja el motivo del fracaso del vino en las bodas de Canáa y lo relaciona con cómo a veces fallan nuestra propia “gracia de devoción y fervor de amor”:

²⁹ “*Ceterum si qua anima eo usque profecerit, quod quidem multum est ad nos, ut sit fecunda virgo, sit stella maris, sit plena gratia, et supervenientem habens in se Spiritum Sanctum, puto quod non modo in ea, sed ex ea quoque non dedignabitur nasci*”. Además de las muchas evocaciones de Lucas 1, Bernardo cita Mt. 12:49 y Gal. 4:19 como testimonios escriturarios.

³⁰ *Sententiae* 3.11 (SBO 6.2:71). Basándose en la Purificación, Bernardo expresa que el pecador concibe al convertirse, pero luego tiene que experimentar nueve meses de gestación por medio de buenas obras para que suceda lo siguiente: “En el noveno mes, oh Señor, daré a luz y daré a luz al Espíritu por temor a Ti”.

³¹ Mt 2:11.

³² Tit. 2:12.

³³ Véase *Nat.* 4.2 (4:264-65) y *Nat.* 3.1 (4:257-58). VNat. 6.11 (4:243).

¿Cuántas veces es necesario, hermanos míos, que a causa de vuestras lacrimosas quejas yo tenga que suplicar a la Madre de la Misericordia que sugiera a su Hijo Amado que no tenéis vino? Muy queridos, os digo que si llamamos a su puerta con devoción, ella no faltará a nuestras necesidades, porque es misericordiosa y Madre de Misericordia³⁴. (*PEpi*. 2.4; 4:322.11-15)

Para Bernardo, María es la gran intercesora de los monjes.

El bloque II de los *Sermones per annum* está dedicado a menos de dos meses del año litúrgico y presenta el menor número de prédicas que la mencionan. El bloque se abre con tres sermones para la fiesta de la Purificación. Recordemos que esta celebración implica no solo la purificación de María, sino también la presentación de Cristo en el templo y su recibimiento por parte del anciano Simeón y la profetisa Ana³⁵. Los dos primeros sermones apenas mencionan a la Santísima Virgen (*Pur.* 1.1 y *Pur.* 2.1), pero en el tercero, aparece. Bernardo comienza por resaltar que el hecho de que María diera a luz como virgen significa que en realidad no necesitó ser purificada (*Pur.* 3.1-2), así como Jesús no tuvo necesidad de la circuncisión, sino que realizaron estos actos para mostrar su solidaridad con la humanidad caída. Si Jesús quiso ser circuncidado, cuánto más hubo de querer ser ofrecido en el templo como prefiguración de su ofrenda final en la cruz para la redención del género humano (*Pur.* 3.2). María participa de esta ofrenda y, por lo tanto, de la redención misma: “¡Ofrece a tu hijo, Virgen santísima, y eleva al Señor el fruto bendito de tu vientre! ¡Ofrece un sacrificio santo y aceptable a Dios³⁶ para la reconciliación de todos nosotros³⁷!” (*Pur.* 3.2; 4:342.15-17). Aquí se ve a María casi como una corredentora. Una vez más, Bernardo cierra con una lección para sus monjes: “Hermanos, ¿qué le ofrecemos o qué le entregamos por todo lo que Él nos ha entregado?” (*Pur.* 3.3). Lo único que tenemos para ofrecer a Dios somos nosotros mismos: los dos pichones³⁸: nuestro cuerpo y nuestra alma.

³⁴ “*Quoties mhi necesse est, fratres, post lacrimonias querimonias vestras, exorare Matrem misericordiae, ut suggeret suo benignissimo Filio quoniam vinum non habeatis? Et ipsa, dico vobis, carissimi, si pie a nobis pulsata fuerit, non deerit necessitate nostrae, quoniam misericors et mater misericordiae*”.

³⁵ Lc 2:22-39.

³⁶ Rom. 12:2.

³⁷ “*Offer filium, Virgo sacrata, et benedictum fructum ventris tui Domino repraesenta. Offer ad nostram omnium reconciliationem hostiam sanctam, Deo placentem*”.

³⁸ Lc. 2:24.

El bloque III del año litúrgico, del 25 de marzo hasta mediados de agosto, presenta las grandes fiestas de la Redención, que abarcan la Semana Santa, la Pascua, la Ascensión y Pentecostés. Es de notar, sin embargo, que Bernardo no comienza con la primera de las celebraciones mencionadas, sino con la Anunciación, la fiesta que marca el comienzo de la Salvación. El “sí” de María a la invitación que Dios envió a través de Gabriel es el modelo para que todos los creyentes acepten a Dios y hagan nacer a Cristo en sus corazones. El bloque contiene treinta y seis sermones, diez de los cuales tienen referencias a la Santísima Virgen³⁹. Bernardo dedica tres sermones a la Anunciación (SBO 5:13-42). El primero y más largo no menciona a María, pero es una meditación sobre el Salmo 84:11-12 y su descripción de la gloria de Dios, que se revela en el beso de la misericordia, la verdad, la justicia y la paz, las cuatro virtudes que ilustran “la plenitud de la salvación” (*Ann.* 1.6)⁴⁰. María ocupa un lugar destacado, aunque no el único, en los sermones 2 y 3. El primero de estos dos es un ejemplo de *admiratio*. Después de enfatizar la novedad de todos los aspectos del relato de la Anunciación (*Ann.* 2.1), Bernardo expresa asombro ante el abismo del misterio (*sacramentum*) de la Encarnación y luego considera por qué fue el Hijo, y no el Padre o el Espíritu Santo, el que encarnó. Esto lo lleva a reflexionar sobre la gloria de la Virgen: “Luego está la gloria única de nuestra Virgen, y la prerrogativa insuperable de María de haber merecido tener un Hijo en común con Dios Padre” (*Ann.* 2.2; 5:31.12-14). Como resultado, somos coherederos con Jesucristo, el fiel mediador⁴¹. El tercer sermón de la Anunciación combina a María y el relato de la Anunciación con el contraste entre la casta Susana de Daniel y la mujer sorprendida en adulterio⁴². Esto se debe a que, en 1150, cuando aparentemente se compuso el sermón, la Anunciación cayó en el

³⁹ Los sermones que mencionan a María son: *Ann.* 2.1-2 and 5; *Ann.* 3.1 y 7-8; *4HM*.6; *Pasc.* 1.5 y 9,12; *Pasc.* 3.4; *Asc.* 3.3-4; *Asc.* 6.1 y 11; *Pent.* 2.3-4; *Pent.* 3.1; y *JB* 4.

⁴⁰ El salmo 84:11-12 era uno de los textos favoritos de Bernardo, quien lo usó unas treinta veces; véase *Sancti Bernardi Opera*, Vol. IX, Index Biblicus, 191.

⁴¹ Rom. 8:17, 1 Tm. 2:5. Al final del sermón (*Ann.* 2.5), Bernardo retoma el mismo texto de Is. 11:1-2 que usó en *Adv.*2, dándole una interpretación ligeramente diferente.

⁴² Jn 8: 5-8.

sábado de la tercera semana de Cuaresma, momento en que se leían esos textos. Las secciones 7-8 de la homilía (4: 39-40) son otro ejemplo de alabanza a María, que es “el tesoro de Dios” (*thesaurus Dei*), de modo que “dondequiera que ella esté, allí está también Su corazón. Sus ojos están sobre ella; en todas partes mira la humildad de su esclava⁴³.” (*Ann.* 3.7; 5:39.11-13). Bernardo alaba la gracia de la Madre de Dios como “única”, porque la plenitud de la misma reside solo en ella, y como “general”, porque “el fruto de su vientre”, Jesús, llega a todos a través de ella. “Solo en ti” —expresa— “se ha derramado ese Rey rico y muy rico... Dios verdadero e Hijo de Dios encarnado. Pero, ¿cuál es el resultado de esto? Seguramente para que todos seamos enriquecidos por su pobreza, elevados por su humildad, engrandecidos por su pequeñez y, en la medida en que nos adherimos a Dios por su Encarnación, podamos comenzar a ser un solo espíritu con él⁴⁴”. La acción salvífica de la Encarnación, en la que participan María y Jesús, apunta a la unión mística, a hacerse un solo espíritu con Dios. Los otros ocho sermones del bloque III que mencionan a María tienen varios pasajes interesantes, pero no pueden ser examinados aquí.

El bloque IV abarca tres meses y medio y contiene treinta y cuatro sermones, de los cuales ocho conciernen a María⁴⁵. Cuatro son de una importancia considerable: dos para la Asunción, la homilía para la octava de la Asunción y el sermón para la Natividad de la Virgen. A los primeros padres cistercienses les encantaba predicar sobre la Asunción. Tres de los ocho sermones de Isaac de la Estrella sobre María fueron en esa fiesta, así como cuatro de los dieciocho sermones marianos de Guerrico de Igny. Elredo de Rieval dejó 133 sermones para el año litúrgico, repartidos en cinco colecciones. No menos de veintisiete de ellos tratan sobre conmemoraciones marianas, seis sobre la Asunción y nueve sobre la Anunciación. Los seis sermones de Bernardo sobre la Asunción son equivalentes en cantidad a las homilías que dio

⁴³ “*Annon thesaurus Dei Maria? Ubi cumque illa est, et cor eius. Oculi eius super eam: ubique respicit humilitatem ancillae suae*”. La referencia es a Lc 1:48.

⁴⁴ 1 Cor. 6:17.

⁴⁵ *Asspt.* 1; *Asspt.* 2.2, 7-9; *Asspt.* 4.1, 5-9; *Asspt.* 6.1; *OAssupt* 7, 9; *NatBVM*; *Ded.* 2.2; y *Mart.* 1.1.

Oriente Occidente. Nueva época. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales – Universidad del Salvador. Volumen 19, nro. 1/2, 2022 [pp. 8-31]

para otras fiestas, pero solo cuatro mencionan explícitamente a María⁴⁶. Parecería que ha elegido esta última para comenzar este bloque final de sermones porque el triunfo celestial de María anuncia la culminación del proceso de salvación de todos los redimidos.

Los sermones de la Asunción del abad se basan en la lectura evangélica para la festividad medieval: “Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa”. (Lc 10: 38). La historia de Marta, María y su hermano Lázaro induce al abad a dedicar mucho tiempo al tratamiento alegórico de los personajes, como si representaran diversas funciones en la comunidad monástica: Lázaro a los penitentes, Marta a los activos y María a los contemplativos (*Asspt.* 2,7-8; 3,1-7; 4,2-4 sobre Lázaro y *Asspt.* 5,6-13). Pero Bernardo no descuida la lectura mariana. En la Santísima Virgen, dice, “encontramos tanto la actividad de Marta como la contemplación comprometida de María” (*Asspt.* 2.9; 5:237.19-21), de modo tal que cuando Cristo entra en el pueblo (*castellum*) del mundo, la mujer que recibe a Jesús en su seno (=domum suam) es María. Esto se desarrolla de forma más completa en el primer sermón, una de las mejores obras marianas de Bernardo; pero también se trata en el sermón 4.

Un sermón relativamente breve, *Asunción 1* (5:228-31), es un ejercicio de *laudatio* destinado a suscitar en la comunidad monástica una “alegría” (*laetitia*) y un “amor devocional” (*affectus devotionis*) que reflejarán la alegría y el amor devocional propios de la ciudad celestial⁴⁷. Comienza con la alabanza a los ciudadanos del Cielo en la Asunción de María, pero luego pregunta: “¿Qué cosa, queridos míos, nos depara esta festividad de su Asunción?” (5:228.15-229.2). Y da una serie de razones por las que debemos sentirnos dichosos: (1) nosotros también somos ciudadanos del Cielo y, por lo tanto, debemos regocijarnos con los ángeles y los santos; (2) esperamos seguirla al Cielo, como los siervos a su señora; (3) ahora

⁴⁶ *Asspt.* 1-6 (5:228-61).

⁴⁷ *Asspt.* 1 es una fuerte declaración sobre la unidad de la Iglesia triunfante arriba y la Iglesia militante abajo. Así, los ángeles y los santos saludan a María con un *affectus devotionis* (230.21) y Bernardo predica “*ut...affectus devotionis excitetur*” en su público (232.15).

tenemos a alguien que defienda nuestra causa en el Cielo; y (4) nos concederá dones desde lo alto (*Aspt.* 1.1-2). El resto de la homilía es un ejercicio de *laudatio*. Bernardo hace uso de uno de los motivos principales de su predicación, el del descenso-ascenso:

Dichosa por tanto María y de muchos modos dichosa: ya al recibir al Salvador [es decir, cuando Él desciende al mundo], ya al ser recibida ella por el Salvador; en lo uno y en lo otro es admirable la dignidad de la Virgen Madre y es amable la grandeza de su majestad. (*Asspt.* 1.4 [231.8-10])⁴⁸

Ambos misterios, es decir, la Encarnación y la Asunción, son igualmente maravillosos e inefables (*Aspt.* 1,3-4). Bernardo describe las interacciones de María con Jesús cuando era niño, pero expresa que no son nada en comparación con Cristo que la recibe “con una bendición dichosa cuando ella asciende al trono de la gloria, cantando el cántico nupcial, 'Que me bese con el beso de su boca’”⁴⁹ (*Aspt.* 1.4; 5:231.1-3). Aquí retoma la lectura mariana del Cantar de los Cantares, fuente generalmente ausente de sus sermones sobre ella, pero difundida en el siglo XII. En medio de este himno de alabanza celestial y terrestre, Bernardo no se olvida de su público, ya que comenta que compartirá lo que le ha sido dado “para que no solo se despierte el amor devocional por la memoria de tal Virgen, sino que sean edificadas nuestras costumbres para progresar en la vida monástica...”(*Aspt.* 1.4; 531.15-17).

Los otros textos más llamativos acerca de la festividad se encuentran en *Asunción 4*, aunque hay pasajes en *Asunción 2* que son dignos de mención. El autor comienza el sermón 4 con una poderosa *laudatio*. En la Asunción, escribe:

es hora de que todos los seres humanos canten en voz alta y declamen alabanzas sin cesar, porque en la Virgen la naturaleza humana es exaltada por sobre todos los espíritus inmortales. Aunque la devoción no nos permite callar acerca de su gloria, el mero pensamiento no puede concebir nada que sea digno, ni puede darlo a luz la palabra inculta. (*Aspt.* 4.1; 5:244.7-11)

Recurre al Cantar de los Cantares 8:5 (“¿Quién es esta que sube del desierto, apoyada en su Amado?”) para explicar la inversión de valores, tanto en la Encarnación donde Dios se hace

⁴⁸ *Asspt.* 1.4 (231.8-10): “*Felix plane Maria, et multipliciter felix, sive cum excipit Salvatorem, sive cum a Salvatore suscipitur: utrobique mira dignitas Virginis matris, utrobique amplectenda dignatio maiestatis*”. Para otro pasaje del motivo del descenso-ascenso, véase 230.6-7.

⁴⁹ Cantar, 1:1.

hombre, como en la persona de la Santísima Virgen, donde la virginidad se une a la fecundidad, y donde se manifiestan las virtudes de la humildad, la caridad, la misericordia, la plenitud de la gracia y el “privilegio de una singularidad gloriosa” (*praerogativam gloriae singularis*; 244.20). “¿Por qué se asombran”, pregunta, “de que María suba de una tierra desértica colmada de delicias?” (*ib.*). Luego, Bernardo hace una digresión, explicando, como le había prometido a su público, el significado de Lázaro, y al final del sermón (4, 5-9) vuelve a María. Esta sección es un ejercicio sobre la alabanza de las virtudes de la Santísima Madre, especialmente la virginidad, la humildad, la misericordia y su privilegio supremo, por el cual “no se parece a nadie, ni antes ni después de ella, ya que posee el gozo de la maternidad junto con el honor de la virginidad” (*Aspt.* 4.5; 5:248.11-13). Este privilegio único, de hecho, inefable, nunca podrá describirse adecuadamente.

Los sermones sobre la Asunción son seguidos por dos extensas homilías que se encuentran entre los puntos más altos de la predicación mariana del abad: el sermón para la octava de la Asunción (22 de agosto) y el de la Natividad de María (8 de septiembre)⁵⁰. Estas seis prédicas marianas, que se encuentran al comienzo del bloque IV, vuelven a enfatizar el papel de María como nuestro modelo y guía durante el año litúrgico. El tema del sermón para la octava de la Asunción es el papel de la Madre de Dios en la Salvación, específicamente como mediadora ante Cristo, el Mediador principal. Se basa en el texto de Apocalipsis 12:1 sobre la mujer celestial “vestida de sol y que tiene la luna bajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas”. Bernardo explica en detalle cada uno de estos accesorios de María. Comienza señalando que, dado que la Caída se produjo por la acción tanto de un hombre como de una mujer, es “muy conveniente que cada sexo participe en nuestra restauración” (*OAsspt.* 1; 5:262.13-14). Cristo es el verdadero Mediador entre Dios y la humanidad (1 Timoteo 2:5), pero debido a que Él es un juez tan misericordioso —como justo o temible—, es apropiado que

⁵⁰ *OAsspt.* (SBO 5:262-74), y *NatBVM* (5:275-88).

María sea nuestra mediadora ante Él, porque “ella está llena de toda clase de piedad y gracia, o de misericordia y mansedumbre” (*OAsspt.* 2).

Más adelante, Bernardo comienza su explicación de Apocalipsis 12:1. La mujer que se describe en el texto puede ser entendida como la Iglesia, pero el símbolo también puede referir a la Virgen (*OAsspt.* 3). La “luna está debajo de sus pies”, en el sentido de que toda corrupción, toda insensatez y todo cambio están por debajo de ella. En segundo lugar, “Es apropiado que María esté cubierta por el manto del sol, ya que ha penetrado en la profundidad sin límites de la sabiduría divina...”. (*OAsspt.* 3; 264.14-15). Pisoteó al diablo (Gen. 3:15) y destruyó tres herejías acerca de su condición de *Theotokos* (la que dio a luz a Dios). El monje de Claraval exhorta a sus hermanos a abrazar a la Madre celestial y a suplicar su ayuda: “Abracemos las huellas de María, hermanos míos, y con devotísima súplica (*devotissima supplicatione*), postrémonos a sus benditos pies. Sujetémosla y no la soltemos hasta que nos bendiga⁵¹, porque es poderosa” (*OAsspt.* 5; 5:265.15-18). Con estilo retórico, se dirige a ella y habla de la confianza y de la unidad que existen entre ella y su Hijo:

¡Qué confianza tienes con Él! ¡Qué cercana, incluso íntima, has merecido ser! ¡Cuánta gracia has hallado delante de Él⁵²! ¡Él permanece en ti y tú en Él! ¡Lo vistes y eres vestida por Él! Tú lo vistes con la sustancia de la carne y Él te viste con la gloria de su majestad⁵³. (*OAsspt.* 6; 5:266.10-13)

A través de la Encarnación, Jesús y María son uno. La siguiente sección (*OAsspt.* 7-8) versa sobre la corona de doce estrellas que se identifican con las “gracias especiales” propias de la Virgen. Esto conduce a una explicación de los misterios de su vida: Anunciación, Visitación y Natividad.

Llegado a este punto, el predicador se vuelve hacia su público: “Todavía quedan algunas cosas, y estas requieren imitación”⁵⁴ (*OAsspt.* 10; 269.15). La *laudatio* conduce una vez más a

⁵¹ Cantar 3:4.

⁵² Lc. 1:30.

⁵³ Is. 2:10.

⁵⁴ En el texto: “*Ceterum quae restant adhuc, et imitationem requirant*”.

la *imitatio*. No podemos imitar los privilegios especiales de la Virgen, pero podemos seguirla en la práctica de las virtudes que mostró en el Evangelio, específicamente, “mansa modestia, corazón humilde, grandeza de fe y espíritu compasivo” (*ib.*). Luego sigue una consideración de las cuatro ocasiones en que en las Escrituras registran que María hable y cómo su reticencia revela las cuatro virtudes (*OAsspt.* 10-13). Fue sobre todo por su humildad y mansedumbre “que fue escogida para este misterio incomprensible, para este comercio admirable, para este misterio (*sacramentum*) inescrutable, y creyó que sería la verdadera Madre del que es a la vez Dios y hombre” (*OAsspt.* 13; 5:272.25-273.2). Se describe a la duodécima de las virtudes que se develan en las doce estrellas como el “martirio del corazón” (*martirium cordis*) de la Virgen, tal como figura en la profecía de Simeón en Lucas 2:34-35. Al final del sermón, Bernardo retoma esto, enfatizando el sufrimiento de María durante la Pasión de su Hijo: “El poder del sufrimiento traspasó tanto tu alma que proclamamos con propiedad que eres más que una mártir, porque tu amorosa pasión compartida superó con creces tu dolor corporal” (*OAsspt.* 14; 5:273.20-22). Esta reflexión lleva al abad a concluir con una plegaria (*petitio/impetratio*) para que la madre de la Misericordia, mediadora entre nosotros y Cristo, alimente a “sus pobres” con las migajas de la mesa celestial⁵⁵ y nos dé de beber su agua copiosa. Este largo sermón repite muchas de las prácticas retóricas ya vistas en *In laudibus Virginis Matris* y es quizás la más completa de todas las homilías marianas del autor.

El sermón para la Natividad de María, *De aquaeductu*, es todavía más largo que los anteriores⁵⁶. Como ya se mencionó, por lo general la postura de Bernardo en relación con los asuntos marianos era conservadora. Muchos de los ejemplos, símbolos e imágenes que usa para la Virgen son bíblicos y tienen la autoridad de los Padres. Pero el símbolo de María como *aquaeductus*, el canal que conduce la gracia divina desde la *fons* celestial que es Cristo hasta

⁵⁵ Mt 15, 27.

⁵⁶ *NatBVM* (5:275-88). Una de las características de este sermón es el uso intensivo del Cantar de los Cantares (27x) en comparación con *OAsspt* (5x).

la tierra, es una de sus innovaciones. La mayor parte del sermón (1-13) se refiere a ella, pero al final hay una digresión sobre las funciones del habla y del silencio en la vida espiritual (14-17). El sermón comienza con un contraste entre el brillo de los cielos donde María vive ahora y la oscuridad de nuestra existencia en la Tierra. La Virgen, no obstante, dio a luz a Jesús después haber sido “cubierta” por el Espíritu Santo⁵⁷ en la Tierra, de modo que esa esposa (que es la Iglesia) todavía puede darle las gracias y alabarla desde aquí abajo. Dado que cierta preguación de Dios es posible incluso en la Tierra, podemos esperar ser embriagados por “el pozo de aguas vivas que brota con fuerza y alegría la ciudad de Dios” (en esta frase Bernardo fusiona Cantar 4:15 y Salmos 45: 5). Así se introduce el motivo del agua, que sobresale en los pasajes siguientes. Cristo es la *fons vitae*, “la arteria celeste que desciende por un acueducto”, canal que no puede contener toda la fuerza de la fuente infinita pero que la administra según nuestra capacidad receptiva (*NatBVM* 3). En tanto acueducto que conecta el cielo y la Tierra (como la escalera de Jacob en Génesis 28:12), María no estuvo activa durante el tiempo regido por la antigua ley, pero ahora es nuestro principal nexo con el reino celestial (*NatBVM* 4). En este contexto, el monje cisterciense pregunta:

¿Cómo llegó este acueducto nuestro hasta una fuente tan sublime? ¿Cómo creéis, sino con la vehemencia del deseo, con el fervor de la devoción, con la pureza de la plegaria...? ¿Y quién es este justo sino María, la mujer justa, de la cual nació para nosotros el Sol de justicia? (*NatBVM* 5; 5:277.23-278.2)

Mucho de lo que sigue es una consideración, inspirada en las Escrituras, acerca de cómo debemos honrarla en tanto acueducto. “Contemplad mejor”, escribe, “para ver con cuánta profundidad de devoción Aquel que puso en María la suma de todas las virtudes para que fluyan de ella quiso que fuera honrada por nosotros ...” (*NatBVM* 6; 5:278.24-26). Una vez más, vuelve al tema de que no debemos temer recurrir a ella, aun si tememos acercarnos a Dios

⁵⁷ Lc 1:35.

Padre, e incluso al Hijo, que se ha hecho uno de nosotros. Lo que necesitamos sobre todas las cosas es obtener “favor (= *gratia*) delante de Dios”, tal como lo tuvo su divina madre⁵⁸.

La invocación de la *gratia* requiere una explicación sobre la relación entre esto y el mérito (*NatBVM* 8), antes de que se retomen la imagen de la Virgen como acueducto y el tema de su Asunción al cielo. La Virgen, se lee en el sermón, ha sido elevada más allá de toda la creación:

Ha ascendido más alto que todo el género humano, ha ascendido hasta los ángeles, y ha ido más allá incluso de ellos y ha superado a toda criatura celestial. Es necesario, por cierto, que ella beba [de una fuente que está] más allá de los ángeles para que pueda dar agua viva a la humanidad⁵⁹. (*NatBVM* 9; 5:281.16-18)

En esta *laudatio Mariae*, Bernardo agrega otras reflexiones sobre lo que significa para María ir más allá de los ángeles y cómo esto le dio acceso directo a donde “brota la fuente”, es decir, al origen del Hijo a partir de la luz inaccesible del Padre. Dios, totalmente incomprensible en sí mismo, eligió volverse visible, incluso tangible, haciéndose humano (*NatBVM* 11). En su meditación sobre los privilegios supremos de la Virgen, Bernardo resume así la singularidad que le es propia:

Gran cosa es para un ángel ser siervo de Dios; pero María ha merecido algo superior, ser su madre. La fecundidad de la Virgen es la culminación de su gloria y se vuelve superior a los ángeles por un don singular, en tanto se diferencia porque recibió el nombre de madre por su servicio⁶⁰. (*NatBVM* 12; 5:283.15-18)

Después de la digresión—ya mencionada— sobre el silencio y la palabra, el monje cierra su sermón con una exhortación a confiarle todo a ella: “Por lo demás, cualquier cosa que te dispongas a ofrecer, recuerda confiársela a María, para que por el mismo acueducto por el que vino, la gracia le sea devuelta a quien otorga la gracia⁶¹” (*NatBVM* 18; 5:288.3-5).

⁵⁸ Lc. 1:30.

⁵⁹ “*Ascendit plane supra humanum genus, ascendit usque ad angelos, sed et ipsos quoque transcendit, et coelestem omnem supergreditur creaturam. Nimirum supra angelos hauriat necesse est, quam refundat hominibus aquam vivam*”.

⁶⁰ “*Magnum est angelo ut minister sit Domini; sed Maria sublimius quiddam meruit, ut sit mater. Fecunditas itaque Virginis supereminens gloria est, tantoque excellentior angelis facta munere singulari, quanto differentius prae ministris nomen matris accepit*”.

⁶¹ “*Caeterum quidquid illud est, quod offerre paras, Mariae commendare memento, ut eodem alveo ad largitorem gratiae gratia redeat quo influxit*”.

Es posible que Bernardo de Claraval no haya sido el predicador mariano más prolífico de su época. Como hemos visto, en el pasado se ha exagerado el alcance de su contribución a las doctrinas marianas. Aun así, es difícil negar que sus sermones sobre María estuvieron entre los más efectivos (y afectivos) del siglo XII y que fueron muy leídos a finales de la Edad Media. La habilidad retórica que despliega en sus sermones en latín sobre la Virgen solo puede ser insinuada en las versiones modernas, las cuales no pueden transmitir la sutileza, el juego, la intimidad y, a menudo, el destilado virtuosismo con que redacta sus enseñanzas. El estilo no lo es todo; pero es mucho. Bernardo, sin embargo, habría insistido en que lo esencial es el mensaje.

Referencias bibliográficas

- Bernard of Clairvaux. (1991). *Sermons for the Summer Season*. Kalamazoo: Cistercian Publications.
- Bernard of Clairvaux. (2007). *Sermons for the Advent and Christmas Season*. Kalamazoo: Cistercian Publications.
- Bernard of Clairvaux. (2013). *Sermons for the Lent and Easter Season*. Collegeville: Cistercian Publications.
- Bernard of Clairvaux. (2016). *Sermons for the Autumn*. Collegeville: Cistercian Publications.
- Isaac de Stella. (1979). *Sermons I*. (McCaffrey, H. Trad.) Kalamazoo: Cistercian Publications.
- San Bernardus. (1957-1977). *Sancti Bernardi opera*. (Leclercq, J., Talbot, C.H. & Rochais H. Eds.). Roma: Editiones Cistercienses
- Verbaal, W. (1999). Les sermons sur le Cantique de S. Bernard: Un chef-d'oeuvre achevé? *Collectanea Cisterciensia*, pp. 167-185.
- Verbaal, W. (2007). The Sermon Collection: Its Creation and Edition. En Bernard of Clairvaux, *Sermons for the Advent and Christmas Season*. Kalamazoo: Cistercian Publications.
- Verbaal, W. (2013). Saint Bernard's Sermons for Lent and Easter. En Bernard of Clairvaux, *Sermons for Lent and the Easter Season* (vii–lxiii). Kalamazoo: Cistercian Publications.
- Verbaal, W. (2016). General Introduction. En Bernard of Clairvaux, *Sermons for the Autumn Season* (ix–lxvi). Kalamazoo: Cistercian Publications.
- Waddell, C. (1979). Introduction. En Bernard of Clairvaux, *Magnificat. Homilies in Praise of the Holy Virgin Mary*. Kalamazoo: Cistercian Publications.